

# LA BOHEMIA ALEGRE

PUBLICACION MENSUAL

AGENCIA: Local de la Academia de Medicina.

## EL DERECHO DE UNA SITUACION REVESADA

Parece que una de las condiciones más esenciales que en sí debe llenar una composición literaria cualquiera, es la de tener un objeto determinado, digno de la atención y el interés del lector. Porque siendo la obra literaria cosa esencialmente de razón, por ser ejecutada por un cerebro humano, con pensamientos que son entes de razón, y encaminada á remover en sus profundidades á seres racionales, todo está diciendo que la tal obra debe ser, si ha de resultar perfecta, una estrecha trabazón entre los fines á que se aspira y los medios con que se pretende alcanzarlos.

Y á pesar de que esto es elemental en el arte de escribir, se descuida á tal punto que es muy frecuente no poder señalar el objeto que se propuso alcanzar un autor. Cójase al acaso una de las producciones literarias de nuestros periódicos, y se verá que tras una y otra lectura no se sabe con seguridad cuál es el pensamiento conjunto de la obra, ó en otros términos, qué se propuso el autor, en qué pára aquello.

¿En qué puede parar una obra hecha á tientas, sin proponerse un fin determinado? Pára y debe parar en una cosa muy natural: en carecer de más de uno de los atributos necesarios para ser hermosa, ó para ser convincente; en ser una composición sin alcances, nula por incapaz de obrar eficazmente sobre el ánimo.

No tener plan alguno, ó tenerlo insignificante, suele parar en una misma cosa, y de aquí que tantas y tantas coplas en que no hay más objeto visible que el de ensartar frases que suenen bonito, sean miradas con desprecio por los lectores que apetecen encontrar en la lectura algún alimento intelectual. Lo mismo cabe decirse de los innumerables cuentos que sin saber de dónde vienen ni para dónde van, sin alcance sugestivo alguno, propinan los periódicos llamados literarios á sus ávidos lectores.

Es natural suponer que hay, aunque sólo sea vagamente, propósito de producir en el ánimo del lector una impresión profunda, una conmoción tan interna como sea posible. Esta espe-



cie de necesidad en quien está poseído de una emoción que desea comunicar, se revela en los escritores noveles por el abuso que hacen de los términos pomposos del idioma, propios según creen para producir efecto inmediato. La experiencia no les ha enseñado aún que las emociones profundas llegan al ánimo del lector calladamente, tras una hábil y dilatada preparación cuyas gradaciones es preciso manejar con tacto exquisito.

Mas el mero y vago deseo de remover los afectos no basta para producir obra que lo consiga, que sea hermosa, si no se ponen los medios adecuados, lo que requiere acierto en la elección del asunto, y en el modo de tratarlo.

La experiencia muestra que en manos de un escritor de talento no hay tema que pueda llamarse malo y que hay plumas capaces de hacer interesantes los asuntos en apariencia más triviales. Así debe ser en realidad, porque en el triple universo intelectual, moral y material, no hay nada que por sus relaciones con Dios, con el Hombre y con el resto de los seres, no tenga innumerables aspectos de que se pueda sacar partido para hacer una obra bella.

El error está en querer crear belleza sin recogerse previamente en el santuario íntimo, para pensar con interés en tres cosas cuyo olvido no se repara puliendo frases: qué se va á hacer, cómo se hará y si los materiales son propios para la obra. El conocimiento de estos tres puntos presupone el del modo de ser íntimo del sujeto que se quiere conmover, para saber cómo se podrá obrar sobre él, y el conocimiento propio para saber de qué temas se puede sacar partido, y de cuáles no, según las dotes personales de cada autor.

En el lector ha de ver siempre el escritor un sér moral, inteligente y sensible, ávido del bien, de ideas y de afectos, y cuidar con tacto exquisito de no herir en él susceptibilidades en este su triple aspecto.

Tan repugnante es para un entendimiento sano un tejido de cosas falso de verdad, como para un corazón delicado los sentimientos perversos, ó como para una alma amante del bien lo intrínsecamente malo. La consecuencia evidente y necesaria de todo esto es que la obra literaria, para alcanzar á producir su máximun de efecto, para ser perfectamente hermosa, debe tener moralidad, verdad y delicadeza. Cualquier detalle que de esto se separe dará una nota falsa en el conjunto.

Estos y otros pensamientos se ocurren al meditar en la impresión que producen piezas literarias del género de la titulada "*Del revés*."

No es pieza común; pertenece al género sugestivo y está trabajada con ese tesón del obrero que sabe lo que se propone conseguir, y va derecho y con mano firme á su objeto.

Para el propósito de pintar la situación de ánimo que forma el asunto, de un hombre hastiado de su matrimonio, el estilo es de una sobriedad y un tino envidiables. Esta misma maes-



cie de necesidad en quien está poseído de una emoción que desea comunicar, se revela en los escritores noveles por el abuso que hacen de los términos pomposos del idioma, propios según creen para producir efecto inmediato. La experiencia no les ha enseñado aún que las emociones profundas llegan al ánimo del lector calladamente, tras una hábil y dilatada preparación cuyas gradaciones es preciso manejar con tacto exquisito.

Mas el mero y vago deseo de remover los afectos no basta para producir obra que lo consiga, que sea hermosa, si no se ponen los medios adecuados, lo que requiere acierto en la elección del asunto, y en el modo de tratarlo.

La experiencia muestra que en manos de un escritor de talento no hay tema que pueda llamarse malo y que hay plumas capaces de hacer interesantes los asuntos en apariencia más triviales. Así debe ser en realidad, porque en el triple universo intelectual, moral y material, no hay nada que por sus relaciones con Dios, con el Hombre y con el resto de los seres, no tenga innumerables aspectos de que se pueda sacar partido para hacer una obra bella.

El error está en querer crear belleza sin recogerse previamente en el santuario íntimo, para pensar con interés en tres cosas cuyo olvido no se repara puliendo frases: qué se va á hacer, cómo se hará y si los materiales son propios para la obra. El conocimiento de estos tres puntos presupone el del modo de ser íntimo del sujeto que se quiere conmover, para saber cómo se podrá obrar sobre él, y el conocimiento propio para saber de qué temas se puede sacar partido, y de cuáles no, según las dotes personales de cada autor.

En el lector ha de ver siempre el escritor un sér moral, inteligente y sensible, ávido del bien, de ideas y de afectos, y cuidar con tacto exquisito de no herir en él susceptibilidades en este su triple aspecto.

Tan repugnante es para un entendimiento sano un tejido de cosas falso de verdad, como para un corazón delicado los sentimientos perversos, ó como para una alma amante del bien lo intrínsecamente malo. La consecuencia evidente y necesaria de todo esto es que la obra literaria, para alcanzar á producir su máximun de efecto, para ser perfectamente hermosa, debe tener moralidad, verdad y delicadeza. Cualquier detalle que de esto se separe dará una nota falsa en el conjunto.

Estos y otros pensamientos se ocurren al meditar en la impresión que producen piezas literarias del género de la titulada "*Del revés.*"

No es pieza común; pertenece al género sugestivo y está trabajada con ese tesón del obrero que sabe lo que se propone conseguir, y va derecho y con mano firme á su objeto.

Para el propósito de pintar la situación de ánimo que forma el asunto, de un hombre hastiado de su matrimonio, el estilo es de una sobriedad y un tino envidiables. Esta misma maes-



tría hace contraste doloroso con el efecto general de la composición, que nada bueno sugiere, y produce mala impresión por el pesimismo sin correctivos y las erróneas apreciaciones del protagonista.

Al pintar una situación de ánimo, que rueda sobre asuntos morales, con la impertinente impasibilidad con que se pintaría el acceso de rabia de un perro, el autor hiere en lo vivo las susceptibilidades del lector, y malogra un efecto de su obra muy superior al que produce, y que estaba ya al alcance de su mano. Bastaba que saliendo acá y acullá de su olímpica impasibilidad, marcara hábilmente lo que es digno de alabanza ó de vituperio.

Una plumada de ese estilo parco, puesta para mostrar ya el desprecio de una indignidad, ya el precio de un sentimiento delicado, sería recibida con íntima complacencia y daría al conjunto un carácter que sin mermar en lo mínimo la exactitud del cuadro, lo haría caro al lector.

En vez de la impresión de la hermosura que daría el punto de vista obligado—la exacta apreciación de la situación descrita—no queda sino la *morriña* de aquel amor-concupiscencia, de aquella noción vulgar del matrimonio, de aquellas maneras de ver las cosas grandes, tan propias del hastiado y tan repugnantes al lector, que no está hastiado de nada sino ávido de belleza y de bien, y á quien por ende no satisfacen confusión de ideas, ni sentimientos falseados.

El sujeto del cuento aconseja al amigo que si quiere á una mujer de amor no se case con ella, para evitar el hartazgo de los encantos de la esposa, en lo que bien se ve de qué clase de amor se trata, opuesto al que la expresión pinta.

Si el querer de veras hubiera de parar en lo que el cuento muestra, sería preferible no querer jamás á nadie, ni casarse, ni tener corazón.

Por fortuna el cariño de buena ley está á prueba de los cambios del físico de la que se ha escogido para compartir así las dichas como las penas de la vida. “El amor es fuerte como la muerte, fatigado no se cansa” y tiene la maravillosa propiedad de modificarse y acrecentarse á través de las vicisitudes de la existencia.

Es natural que el amor empiece, á distancia, prendiendo en la hoguera de los encantos físicos que ofrece la primavera de la vida. Mas antes de que aquel sentimiento haya perdido su fuerza, el trato de los esposos lo ha reemplazado—mediante las mil exquisitas delicadezas con que saben obligarse los corazones—por otro grande amor, cuya vista no se fija en curvas, sino en los abismos sin precio que para el esposo hay siempre abiertos en el corazón de la esposa. Ya entonces pueden llegar los estragos que el tiempo y la maternidad acarrearán, sin que el esposo eche de menos nada en la mujer que



le sacrificó su hermosura y á quien se siente ligado por otros lazos cuyas mallas apretará la eternidad.

Cuando se quiere bien, á las satisfacciones que procuran las cualidades del sér amado suceden las fruiciones de la intimidad, que traban más y más los lazos que empezó á forjar el esplendor de las dotes juveniles. Desgraciado del que confunda el amor con esa otra cosa incapaz de resistir, no diré á los estragos del tiempo, pero ni aun á la misma saciedad que deja toda posesión, aun antes del deterioro de la belleza poseída!

El alejamiento que se insinúa preciso para gustar del amor y la Religión, á fin de no parar en *sacristán* del uno y de la otra, es una de tantas cosas revesadas cuyo enderezamiento echa de menos el lector.

La famosa impasibilidad artística se sostiene á tal punto, que la mente perpleja duda de creer si el autor prohija los desordenados pensamientos del protagonista, ó si no hace más que presentarlos como condición anómala.

El autor calza muchos puntos de sólida cultura intelectual y moral para que quien lo conoce pueda suponer que no aprecie en lo que vale el sentimiento religioso y las grandes entidades á que su tono ligero no hace justicia; así que no pudiendo tomar como suyas tantas extrañezas, sólo queda tratar de persuadirlo de que no le está bien hacer tan á lo serio el papel de pintor de ajenas situaciones sin mostrar de vez en cuando lo que él mismo sienta al aspecto del cuadro que describe, á fin de restablecer el equilibrio moral, condición de que no se prescinde impunemente, ni aun tratándose del efecto artístico.

Octubre 8—1895.

\* \* \*



## PERCANCE

Mi amigo don Feliciano es un pimpollo de 49 abriles, no obstante lo cual, ama la compañía de los que, comparados con él, resultamos niños de tetero. Es esto causa de que con mucha frecuencia se nos vea juntos en la calle, en el teatro y en otras partes, y esto á su vez de que el cobrador de cuentas le haya entregado las que me van destinadas, tomándolo quizá por mi padre ó al menos mi tutor, y de que el cartero me haya encargado telegramas á él dirigidos diciendo: “para su papá”, y de otros muchos curiosísimos errores, y finalmente de la aventura que me tomo la libertad de confiar al “respetable público.”

Hace días me llamó aparte don Feliciano y me dijo poniendo la cara tan alegre y orgullosa que parecía una empanada bien henchida:



Estoy feliz, verdaderamente feliz! y acompañó las palabras con una enérgica torsión hecha á sus bigotes, que como todo en él, parecían bañados en la fuente de Juvencio.

Veamos, don Felicio (nombre de confianza que le doy), ¿qué es eso que motiva su ventura?, dije poniendo cara placentera y adivinando desde luego de qué se trataba, sabedor como soy, de cuál es el pie cojo de mi amigo, que no obstante los citados 49 abriles y las pantuflas de lana, y las medias de ídem y el gorro acolchado para dormir y otros varios blindajes que para defenderse de la edad emplea, se considera en materia de conquistas un Quesada. Comuníqueme usted pronto qué premio gorro le ha caído, para felicitarlo, continué.

—Pues... nada, una nada, mi amiguito Emile, ¿que me ama! contestó frotándose las manos y saltando como un chiquillo.

—Que... lo ama, ¿quién?

—Cómo quién! vaya una pregunta: esa estrella de los cielos caída á la tierra y convertida en mujer, esa divinidad que he señalado á usted la otra tarde en el paseo.....

—Un estremecimiento recorrió mi sér de arriba abajo; la "estrella" que don Feliciano había señalado, era la que yo, con *miras personales*, consideraba como tal, la hermosa Julia, á quien hacia el amor con buenos resultados desde tiempo atrás.

Usted no me ha... señalado, no... me ha... dicho nada, repliqué tartamudeando algo, y concluí: ¡ah! ya recuerdo.

—Sí, necesariamente, exclamó don Feliciano, sí le he dicho á usted, lo recuerdo mucho: "vea que deliciosa rubia la que va allá, daría la vida por su amor"—y abrazándome siguió: sí, daría la vida por su amor; pero sin tener que darla, ya me ama, estoy seguro de ello; me le haré presentar, me arrojaré á sus piés, será la luz de mi existencia.

—Y, ¿cómo sabe usted que lo ama, mi amigo don Felicio? preguntéle.

—¡Oh! contestó, ya me había hecho ligeras demostraciones; pero hoy, al salir de misa, mientras habló largo rato con unas amigas, yo estuve, como en la misa había estado, contemplándola; noté que me sonreía, luego habló al oído de una de sus compañeras, todas me miraron y aquella le contestó, sin duda refiriéndose á mí, algo que le llamó la atención, lo conocí; entonces me miró más, sonrió de nuevo y al pasar cerca á mí, hizo un gestito.....adorable; ¡ah! olvidaba contar á usted; durante la misa, me miró con frecuencia, me parece que sonrió también, y sobre todo cuando me sorprendía acariciando mis bigotes —manía que tengo—su faz tomaba aun más dulce y cariñosa expresión....¡Oh! mis bigotes, hum! exclamó al final de su demostrativa arenga, mirándose al espejo con el aire que Napoleón hubiera tomado para decir al oír hablar con desdén de ella: "¡oh mi guardia imperial, hum!" Por último, dijo: he sabido que se llama Julia; me encanta el nombre, me fascina, como todo en ella!



Trabajo me costó escuchar pacientemente las explosiones de alegría del buen don Feliciano; por fin me puse en pie para marchar, hice á mi amigo unos cuantos cumplimientos malhumorados, y salí maldiciendo del sexo femenino y sus veleidades. Lo veía claro: Julia, la maldita, encontraba en su nuevo pretendiente cualidades excelentes: rico, juicioso, sesudo, solterón capaz de conseguir la luna para la mujer que lograra adueñarse de su corazón—¿qué corazón ni que niño muerto, un higo paso ó una calabaza averiada tendrá en su lugar el tal don Feliciano! exclamaba para mí al llegar aquí—luégo.....claro, hará lo que le dé la gana, será dueña absoluta de cuanto haya y volverá un estropajo la autoridad de su marido, ¡buena autoridad tendrá el animal! ¿qué autoridad puede tener un jamón ahumado? ¡¡Malditas sean las mujeres!! fué el final de mi monólogo por el momento.

Mis otras reflexiones, las medias de lana en relación con la piel finísima de mi desleal amada, el extravagante gorro de dormir y otras de que no puedo dar cuenta decorosamente, llenaron mi pensamiento hasta las 7 de la noche, en que fuí á casa de unas amigas que me habían invitado á su tertulia dominguera, donde solía tener exquisitos diálogos con Julia y bailar con ella una que otra pieza que completaba mis delicias; iba por el camino pensando lo que le diría y me recreaba de autemano, sintiendo mi poder satírico y burlón aguzado, al pensar en las heridas terribles que al esgrimirlo iba á inferir á don Feliciano, á Julia y al futuro matrimonio Colación (que tal era el formidable apellido de aquél). Ella me había reprochado algunas veces las palabras cáusticas que con frecuencia dejaba escapar en su presencia, y oyéndome criticar un vestido había dicho también: si como es al vestido, fuera á la persona, ésta habría muerto ya, y de fea muerte, á tijeretazos. Pues bien, ella lo vería, lo sentiría, mis palabras muy corteses, mis sonrisas muy amables, clavándose como agujas en su piel y en ese nuevo pedazo, (pequeño que digamos) de su corazón.

Casi rugía cuando entré. Llegué al salón, saludé, contesté preguntas, seguí una conversación sobre niños y niñas que dos matronas sostenían junto á mí, oí con estoicismo las apreciaciones que alguno hizo sobre la misa de *réquiem* de DUSSART (Mozart querría decir), y con más estoicismo aún las barbaridades que á fuerza de súplicas, ruegos y tirones, entre sonrojos y congojas preludió en el piano una niña mimosa. Acabada la ejecución musical entró Julia, la misma de belleza, con su mamá, señora muy estimable aunque algo obesa; al verme se sonrojó y sonrió como siempre; se siguió la conversación sobre temas menos estúpidos que los anteriores; las personas inteligentes hablaron; sin mayores discusiones una señorita se sentó al piano y empezó admirablemente un vals; yo no me moví; alguno invitó á Julia á bailar, no aceptó; después, por medio de una evolu-



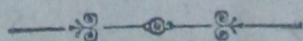
ción estratégica, me acerqué á ella: admirable acogida! Empecé á hablarle, cada mirada y cada sonrisa suya disminuían considerablemente el caudal de mi cólera; no sabía por dónde empezar la tan meditada venganza; ¿qué hacer para lanzar mi primera burla sobre los señores Colación, ? ¿por dónde agarrar á don Feliciano para ponerlo delante de Julia y hacerlo trizas? nada; y sin embargo, ella había pasado una misa mayor encantada con los bigotes de don Feliciano, según rezaba el boletín de guerra del doncel-conquistador; había coqueteado descaradamente con él mientras hablaba con sus amigas, y le había dedicado no sé cuántas dulces sonrisas y miradas; luégo, los planes que yo suponía habían juguetado en su cabeza y más y más; era preciso vengarme; quizá después no querría verme y *todo* se llevaría á cabo sin que yo pudiera darme el gusto de ejercitar mis sátiras y burlas; pero no podía, ella estaba tan dulce, tan amable.....

De repente me dijo: ¿sabe usted? he conocido hoy á su padre; lo vi en misa, me llamó la atención que me mirara fijamente un caballero, reparé en él, y sin poderlo evitar, lo miré repetidas veces; me parece que oyó la misa con poca devoción, pues parecía preocupado no poco con sus bigotes—y al decir esto sonreía con cierto aire burlesco encantador—al salir me miró de nuevo con fijeza y aun creo que sonrió; pregunté á una amiga y me dijo que según creía era su padre de usted; un simpático caballero, á la verdad (!!)

Había sonreído de nuevo al decir estas palabras; el vals había acabado y de uno nuevo se escuchó el prelude; me puse en pie y le ofrecí la mano invitándola á bailar. Disipadas las nubes, brillaba el sol esplendoroso.

EMILE DRAVICK.

Medellín.—1895.



## NIEBLAS

Entre limpios tapices de musgo  
que decoran la oculta caverna,  
en la grata penumbra se agitan  
y las alas flotantes despliegan.  
Son el húmedo aliento que lanza  
por sus bocas negruzcas la tierra  
y salido del lóbrego abismo  
al sentir el calor se dispersa.  
En el bosque donde árboles verdes  
sus tupidos ramajes enredan  
y la luz á través de las hojas  
temerosa, temblando penetra,



como oscura legión de fantasmas  
 que con regio desdén se pasea,  
 en montones informes se agrupan  
 abrazando las rocas escuetas ;  
 allí reinan y en vuelo tardío  
 á los troncos añosos se elevan  
 ó siguiendo las agrias vertientes  
 en confuso tropel se despeñan.  
 Sus girones al soplo del viento  
 desteñidos recorren la selva,  
 mas ocupan de nuevo el espacio  
 fugitivas bandadas ligeras.

Por los antros oscuros del alma  
 así vagan también las tristezas :  
 son las nieblas que buscan abrigo  
 en su negra guarida secreta.  
 Cuando ruge turbión tempestuoso  
 que al cerebro confuso golpea  
 y á sus lúgubres besos de muerte  
 tremen, llenas de horror las ideas ;  
 con los pliegues que forma su manto  
 la esperanza velada, se aleja  
 como tímida virgen hermosa  
 de enlutados crespones cubierta.  
 Si una ráfaga ardiente de dicha  
 las deshace en su rauda carrera,  
 cual aborto fatal del abismo  
 van surgiendo en bandada siniestra.  
 El calor que las fuerzas anima  
 desvanece sus gasas inquietas :  
 venid, rayos de sol ardorosos,  
 quiero huir de las pálidas nieblas !

TOMÁS QUEVEDO ALVAREZ.



## EL QUE SE CASA QUIERE CASA

A mí me llamó mucho la atención ver que estuvieran blanqueando la casa de don Benedicto, y pienso que todo el vecindario participaría de mi sorpresa. Más de cuarenta años hacía que no pasaba cal ni escoba por aquellas paredes, y eso que la policía, ó cada nuevo alcalde, iba por allá con la orden perentoria, bajo multa de cuatro pesos, á intimar el aseo de la pared y la deshierba del caño. Pero don Benedicto ponía orejas de mercader á lo uno y á lo otro, y la maleza seguía estancan-



do las aguas lluvias y las arañas tendiendo sus redes tranquilamente del alero al muro: un muro torcido y agrietado de aquellos que se fabricaron ahora cien años, cuando se aplomaban las tapias con escupas, cuando probablemente no se usaban el hilo y la escuadra y cuando eran bizcos los albañiles.

—Qué pasará en casa de don Benedicto? era pregunta obligada de todos los transeúntes.

Yo lo supe de boca de una muchacha cuarentona que vivía en la casa vecina, de esas que se desquitan de la fuga de algún novio probable llevando el diario de la crónica de la ciudad. Esta mía daba cuenta y razón de cuanto pasaba en veinte leguas á la redonda y algunas veces salvaba la frontera. Siempre tenía entre manos alguna infeliz mujer á quien le pegaba su marido; algún enfermo desahuciado que había tenido la desdicha de caer en junta médica, que, según ella, era como caer en manos del enterrador. Los matrimonios en proyecto y los arreglados y los idos á pique los tenía en la punta de la lengua. Sabía la historia local del espiritismo desde los tiempos del Obispo Isaza y todas las noticias falsas de la guerra. Lo único que no sabía, ni llevaba trazas de aprender, aunque tenía un ejemplar de la Imitación de Cristo, era que nada le iba ni de lo uno ni de lo otro y que así como ella miraba á los demás, los demás la miraban á ella. La pobre humanidad es como el pescado: muere por la boca!

—Pero lo de fuera es nada, me dijo el Argos de la vecina. Por dentro han tumbado la casa, y le han comprado saya nueva á la niña en el Bazar francés y el viejo le ha hecho sacar la manteca al gabán y dice que si viene la ópera va á tomar un palco en compañía con su compadre Evaristo para la Traviata.....véalo allí viene, está como una lechuga.....se hizo afeitar de peluquero.

—Pero qué ocurre? le pregunté; pues aunque había hablado mucho, yo estaba enteramente ayuno del por qué de aquellos gastos y reformas.

—Pues lo que ocurre es que viene la niña.

La niña era Nicolasa, la hija mayor de don Benedicto, que casó en el 76 con un teniente de Guaduas. Tenía además otros dos hijos: Pepe y Merceditas. Pepe era un mozo calaverón que gastaba con desparpajo la hacienda que el viejo acumuló en sesenta años de estrecheces indecentes y de trabajos forzados. Merceditas cuidaba matas, rezaba mucho y alimentaba la vida de don Benedicto, que los otros dos consumían con su ausencia y sus calaveradas.

Era don Benedicto una mezcla de simplicidad y malicia de la cual nos ha dejado Cervantes un ejemplar acabado en Sancho Panza. No era nada cuidadoso en el aseo de su persona: vestía de ordinario un gabán verde color de botella, mantecoso del cuello abajo un jeme por lo menos; pantalón de lo mismo; chaleco de sarga de seda raído sobre ambos bolsillos; un



corbatín negro que generalmente andaba por detrás sobre las carnes del pescuezo. Lo restante, para no andar en pormenores odiosos, no estaba ni menos viejo ni más limpio.

Y este hombre de tan mala estampa no tenía vacía la cabeza, cumpliéndose en él aquel refrán que dice: debajo de una mala capa hay un buen bebedor. Parecía un niño ó un loco en eso de decir verdades y ya las gentes estaban tan hechas á aguantárselas, que apenas se permitían una ligera protesta diciendo: son cosas de don Benedicto. Había alcanzado el raro privilegio de decir las cosas sin faltar á la verdad.

Como una niña mía, él hubiera preguntado muy serio si Shakespeare era un pueblo ó una mujer, y sin embargo tenía pensamientos schaskesperianos. Pensaba, por ejemplo, que si á los hombres se les fuera á dar lo que merecen, llevaría cada uno una tanda de palos. Se comprende que don Benedicto no tenía muy alta idea del género humano.

Lo peor de la vida son los prójimos, decía, y amarlos uno de los preceptos más difíciles de cumplir.

En Religión estaba don Benedicto por la fe del carbonero; en Política por el Gobierno, salvo la excepción rara de una tiranía; en Filosofía por ninguna. La Religión para él era cuestión de fe; la Política cuestión de disciplina. Los que se separaban de aquélla eran unos soberbios, y los que combatían al Gobierno, unos facciosos: piensan que los mueve el celo y es la ambición ó la codicia.

Detestaba, por razones que no vienen al caso, á los médicos que sabían mucho y á los abogados que no sabían nada. Llamaba ensobacadas á las mujeres que tomaban muy á pechos la política y *culecas* á las muy iglesieras.

Decía con mucha razón y gracia que la humanidad no servía para balanza porque no tenía fiel.

Después de raciocinar con muy buen juicio y aplomo, salía con unas paparruchas como montañas. A los ingleses, según él, no debía compráseles ni una vara de trapo, sino fabricarla en el país; porque según sus teorías económicas no había mas riqueza positiva que el oro, y darlo por trapos podridos era la más grande de las bestialidades. Sin sospecharlo siquiera, era partidario de Jacopone en materias filosóficas y del Dr. Francia en las que se relacionan con el comercio extranjero. Según su criterio debía cerrarse la puerta á los ingleses y los colegios á la Filosofía. Entendía por ingleses á todos los extranjeros y por Filosofía toda doctrina abstracta. Los ingleses nos roban y los filósofos nos enmarañan, decía, y no como quiera, sino golpeando fuertemente el suelo con la punta del bastón.

Por una antítesis muy común en el cuadrúpedo hombre, éste era religioso hasta los tuétanos y se ponía furibundo cuando el Alcalde le ordenaba la limpia de la calle.

Este buen hombre, del cual he dicho quizá más que convenía, tenía la grandísima pena de la separación de Nicolasa ó



Cola, como la llamaban en la casa. Don Benedicto quería mucho á Merceditas y aun á Pepe á pesar de todo, pero Merceditas estaba siempre á su lado y uno no quiere sino lo imposible, lo lejano, lo que no se oye ni se ve. Por eso son tan queridas las tumbas y tan buenos los que duermen en ellas. Aquella hija ausente desde tantos años, era un recuerdo y no hay cosa más grata al corazón que los recuerdos. "Vivir es recordar." Nada tenía de particular la voz de Cola, y en los oídos del viejo sonaba á través del tiempo y la distancia con arpegios de violín y melodías de flauta.

—Si me parece que la oigo, decía á cada paso... esa muchacha es el puro retrato de su madre cuando era moza—y ya se ve que para don Benedicto no hubo mujer más linda en toda la tierra que doña Inés en los tiempos de su mocedad.—Siempre al evocar estos recuerdos advertía que esa muchacha iba á costarle la vida; pero se consolaba luego pensando en que pronto vendría, y una vez en casa ya verían quién mandaba más, si el teniente que era su marido ó él que era su padre. El corazón de don Benedicto se revelaba contra el principio de autoridad y es posible que hasta contra la indisolubilidad del matrimonio, viniendo de este modo los sentimientos del corazón á echar por tierra las ideas de la cabeza.

La vida es una serie de rectificaciones: tan frágil y hecha al engaño es la razón del hombre. Ya verán mis lectores cómo el corazón de don Benedicto se engañaba, cómo la lejanía agranda las pasiones y cómo las empequeñece la cercanía.

Llegó, y ya era tiempo de que llegara á taparme la boca, el día tan esperado y feliz de la llegada del teniente y su familia. Don Benedicto, como ya lo habrá supuesto el lector, había votado una suma para gastos extraordinarios. Entre estos gastos entraban un pavo gordo, un mantel de alemanisco, una botella de ron, cuatro de moscatel, doce cubiertos, otras friolerías y hasta el alquiler de dos coches. Iba don Benedicto por primera vez á poner sus posaderas en los cojines de un coche y sus huesos al riesgo de una caída; pero el día de la llegada de Cola había que echar una cana al aire y la casa por la ventana.

Llegó por fin el telegrama de Río Negro, porque la familia por miedo á las fiebres del Río, había echado por el Sur. El telegrama anunciaba la llegada para el día siguiente entre once y doce.

—No se los decía yo? entre once y doce, si tenía mis cuentas muy bien tiradas. Así diciendo, don Benedicto leía y releía para volver á empezar á leer y releer aquella tirita de papel que le anunciaba la llegada de su hija. No salgamos mañana con demoras, que todo esté listo. Ahora mismo me voy á prevenir al cochero; porque á las diez á más tardar, hemos de estar en la Puerta inglesa.

A las 10½ del día siguiente, cuando ya á don Benedicto se



le salían los bofes de cólera, llegó uno de los cocheros; el otro no llegó ni á las diez ni nunca.

No había remedio! Echando chispas y con el corbatín en los pelos de la cabeza, partieron á las diez y treinta y cinco. Don Benedicto no pensaba ya en encontrar á nadie, es decir, en ir siquiera hasta la Puerta inglesa. Pero fueron allá y á las once y media viendo don Benedicto que no parecían, echó pie á tierra y se fue por Miraflores arriba. El que viene no llega nunca para el afán del que espera. A las doce estaba el viejo en la segunda puerta, y poco después en una casa que queda sobre la derecha donde empieza á empinar la cordillera.

A la una daba al diablo al teniente y al siglo. En los tiempos de él, sí que se andaba aprisa y se cumplía lo prometido.

A eso de las dos y media de la tarde vió que bajaban la cuesta un caballero en una muía, una señora muy envuelta en trapo blanco y hasta seis silletas. Cuenta completa: el teniente, Cola y los chicos. Por el momento no se dió cuenta de que había chicos de caballería y dió por sentado que aquellos viajeros eran su yerno, su hija y sus nietos. A la ola de coraje sucedió un puchero que nadie hubiera podido adivinar si estallarí en risa ó en llanto. Mascando y con los ojos húmedos se fue derecho á la mujer de los envoltorios blancos y abrazándola por los piés rompió á llorar como un niño.

Los peones de las silletas se pararon, el señor de la mula se paró también, sólo la señora pugnaba por desasirse de los brazos de don Benedicto. Mientras gimoteaba el viejo, cogido á las canillas de la dama, daba voces el hombre de la mula, en un dialecto que nunca se supo lo que fuera:

—Míster, gritaba alzándose un como rodapié de colcha que le redondeaba el sombrero, Míster dejar la lady... nosotros venir de England pur les railroad contrata. Di country es mocho gud acording noticias de Míster Spencer. Y haber city Medellín abocatos biutifules per contrata é nosotros tener mocha marina é guberneman inglich ser mocho beno per la ingles. Yes.

Comprendió por fin el pobre don Benedicto su yerro y soltando las piernas de la inglesa, que sabe Dios qué desaguizado han de costarnos, fue desconcertado y mohino á sentarse allí cerca en un pedrejón de la quebrada.

—Si le habrá sucedido algo á la muchacha, pensaba don Benedicto, mientras doña Inés y Merceditas desde la Puerta inglesa horadaban la colina de Miraflores con los ojos.

Por fin á las cuatro la verdadera Cola, como decía don Benedicto entre sollozo y sollozo, estaba en los brazos de su padre.

—Pero qué ha sido tanta demora, les preguntó cuando el llanto y los sollozos dieron paso franco á las palabras.

Se echó al cuello, uno por uno, á todos sus nietecitos, que, según su parecer, eran el vivo retrato de Cola ó del teniente ó de alguno de la familia. Hasta el calavera de Pepe tuvo allí



su parecido. Y qué gordos y espigados le parecieron, y Cola sí que estaba nuevecita y por el teniente no habían pasado los años. Hombre, ni una cana, le decía. Eso será muy sano por allá.... á ver, y cómo me les ha ido de viaje.... y sus papás de Guaduas cómo quedan?

Van á encontrar la villa muy mudada..... parece que del 85 acá hubiera despertado de una pesadilla..... pero qué soles..... aquí ya no se puede vivir..... los calores, ah! no tienen idea ustedes de cómo son los calores; pero no hay cuidado, la estación está sana y llevaremos los niños al Parque.....

En estas y otras pláticas llegaron á la Puerta inglesa. Todo fue llegar y desmayarse doña Inés. Sobre el cuerpo patitioso de la madre se hicieron un nudo las dos hijas, y una ducha de lágrimas caía de sus ojos sobre el cuerpo inanimado de la vieja. Después de unas fricciones de agua de Colonia volvió en sí, para caer otra vez descoyuntada y gimoteando en brazos de Cola y el teniente.

Don Benedicto les ofreció un trago de ron, mazacotearon más á doña Inés con el agua de Colonia y echaron camellón abajo en la angarilla de alquiler. A pesar del zangoloteo y los tumbos, admiraron el barrio de Buenos Aires, la plaza de Mercado, la plazuela del Colegio con su gran altozano, sus árboles y su fuente, el Palacio de Justicia y su alta torre. Todas estas novedades las hallaron al atravesar la ciudad por una de las calles que la cortan de oriente á occidente.

A las repetidas señales de admiración de Cola y el Teniente al ver todas estas cosas, les decía don Benedicto muy ufano:

—Pero esto no es nada: ya verán ustedes los parques, y la nueva plaza de mercado, y el matadero público, y la nueva catedral, y las torres de la vieja y el Museo de Zea y la casa de pobres y el manicomio, y el paseo de la quebrada arriba con sus cinco puentes nuevos y la estatua de Berrío y el arreglo de las calles de la ciudad..... la obra de diez años; porque si ustedes vienen en el 86 encuentran la villa del 76 con su telaraña y su polvo..... y eso que nos ha caído una plaga de ingleses con contratos de ferrocarriles que en poco ha estado para que se lleven hasta el temperamento. Qué gente son los ingleses, amigo. Si yo fuera gobierno le aseguro que no haría tratos con ingleses. Esos señores tan patilludos y tan coloraditos, añadió don Benedicto bajando la voz, para evitar probablemente alguna reclamación diplomática, no vienen sino á ver qué hay mal puesto, y lo peor es que no faltan por aquí barbilampiños que les ayudan. Gentes, amigo, sin Dios, sin ley, sin moral y sin patria.....

Soltado el tarugo de la garganta, don Benedicto se había vuelto una cotorra. Declaró que la vuelta de los sayos le había quitado de encima medio siglo, que aquella visita era para él un riego de juventud, un sol de primavera, una especie de panacea que le devolvía la salud al cuerpo y las ilusiones al al-



ma, que había en la ausencia oscuridades de tumba, que quitarle su Cola era condenarlo á muerte, y dejársela sacarlo nuevo de la ceniza de la vejez. Por supuesto que don Benedicto no se expresó en este lenguaje que yo me complazco en prestar á sus ideas, que eran la expresión más honda del cariño paternal.

Doña Inés, Merceditas y los recién venidos no estaban menos hinchados de gozo. Pensaban imposible volver á desatar aquel nudo de afectos.

Papá abuelo pasaba nietos de una á otra rodilla, los echaba hacia atrás para verlos mejor, y por besarlos los chuzaba con las barbas hasta dejarles la carita roja. Mamá vieja y Merceditas no los besaban menos; pero sí los cuidaban más con pertrechos de boca: el afecto en las mujeres tiene una marcada tendencia bucólica; creen que la comida es la manifestación más perentoria de cariño. Yo soy á veces de la misma opinión de las mujeres y suelo creer que el órgano de las ideas es el estómago. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que los niños estaban de dulcecitos de cajón hasta el gollete.

La primera noche de la llegada, debido probablemente al cambio de clima, tal vez á las fatigas del camino y seguramente al hartazgo de dulces, hubo las de Dios es Cristo y nadie pegó los ojos en la casa. Cola sintió una cosa desconocida para ella: pena en su propio hogar. Para la otra noche y las siguientes habían de dejarla sola porque á papá y mamá les hacía daño trasnochar. Merceditas tenía que levantarse temprano y también estaba muy anémica. Hubo de parte y parte ofrecimientos y excusas de corazón; pero por más que á la siguiente noche los empujara Cola á acostarse, don Benedicto veló hasta pasadas las diez y doña Inés y Merceditas hasta caer rendidas de cansancio por allá á la madrugada. Era víspera de San Antonio, abogado y patrono de Merceditas para cierta necesidad que ella sabía, y no sólo perdió la comunión, sino también la fiesta. Esto sí lo sintió y lamentó sin poderse contener, y eso que mamá le echaba encima unos ojos de súplica capaces de hacer callar á la misma indiscreción; pero tratándose de San Antonio la señorita era implacable.

Un día de esos que se siguieron al de la llegada del teniente, llegó á la puerta de don Benedicto un italiano de los muchos que el gobierno de Crispi mantiene pidiendo limosna por el mundo, con un cajonado de estatuas de yeso. Merceditas se enamoró de un soldado romano del tiempo de Tiberio, y como el italiano acertara á llegar en el día de sus años, y como un tal don Circunciso que estaba presente y que sabía de todo, declarara que el muñeco era una obra perfecta, don Benedicto lo compró por tres pesos y se lo regaló á su hija. Al otro día los pedazos del soldado estaban en el cajón de basura; porque Luis Eduardo, el mayor de los hijos de Cola, le administró un palo con el de la escoba, que le servía de caballo, digno de



caer sobre las costillas del mismo emperador. El teniente y Cola se confundieron; pero doña Inés declaró que aquello no valía la pena y hasta don Benedicto se permitió, en obsequio á sus hijos, celebrar el garrotazo.

Lo cierto fue que al otro día trajo el teniente en vez de uno, dos muñecos de la misma procedencia italiana para reponer al difunto de la víspera. Merceditas se puso como de púrpura, doña Inés se confundió de pena, don Benedicto declaró que aquello era una susceptibilidad imperdonable, Cola improbo la conducta del teniente, el teniente dijo cuatro majaderías, y los nuevos muñecos italianos quedaron por allá en un rincón como sin dueño.

Luis Eduardo y su hermana, como potencias de primer orden, sin parar mientes en la razón y en la justicia, seguían repartiendo palo y haciendo de las suyas.

El gallo del corral andaba en una pata; una imagen del Corazón de María, muy venerada y milagrosa, amaneció un día con bigotes de tinta; las maticas de jardín con que Merceditas entretenía sus horas perdidas, estaban descogolladas, sin hojas y sin flores.....

Don Benedicto se iba poco á poco permitiendo algunas licencias paternales y Merceditas repartía uno que otro pescozón que hacían montar en cólera á los niños. Protestaban los pillos contra toda intervención extranjera y amenazaban á cada paso con la vuelta á Guaduas.

Doña Inés se esforzaba en vano por traer á los suyos á una paz razonable; pero se había roto la unidad del gobierno y en medio de las federaciones y las democracias, aquello es imposible. El principio de autoridad estaba perdido en aquella casa por las contemplaciones de don Benedicto y cuando quiso volver á asumir el mando en jefe, sus nietos se burlaron de él. Ya veo que mandar no es contemplar, decía don Benedicto.

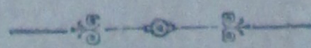
Un día Cola y el teniente, adivinándose sus pensamientos, hicieron una conferencia sobre todas estas cosas y convinieron en resumen que el que se casa quiere casa, y en consecuencia tomaron la vuelta de Guaduas.

Don Benedicto, su esposa y Merceditas, penetrados de la misma verdad, los vieron partir con lágrimas en los ojos; pero con mucha conformidad.

Ahora se escriben correo por correo y las cartas son del más acendrado cariño.

1895.

GASPAR CHAVERRA.



## CORAGGIO!

¿No la veis? Lleva un manto escarlata  
Y una túnica azul como el cielo



Y circunda sus sienes de mármol  
 Fulgurante corona de fuego.  
 ¿ No la veis ? Es la Virgen Idea,  
 Es la Virgen que adoran los genios,  
 La que baja entre vívidas nubes  
 Y nos dice al oído sonriendo :

—“ No humilléis las cervices, poetas !  
 Levantad vuestras frentes, bohemios !  
 Y que sean espadas las frases,  
 Y que sean centellas los versos ! ”

Es muy bella la Virgen Idea !  
 Escuchemos su tímido ruego.  
 Que la luz no se apague en la mente  
 Y que no se enmohezca el acero !  
 Adelante ! Si acaso en la lucha  
 Nos oprime mortal desaliento,  
 Ella baja entre vívidas nubes  
 Y nos dice al oído sonriendo :

—“ No humilléis las cervices, poetas !  
 Levantad vuestras frentes, bohemios !  
 Y que sean espadas las frases,  
 Y que sean centellas los versos ! ”

Adelante ! Que brille la estrofa !  
 Que derrame armonías el plectro !  
 No alumbréis con fulgor de relámpago,  
 Alumbrad con fulgores de incendio !  
 No temáis á Neurosis, la pálida,  
 Ni os arredren sus tristes espectros,  
 Que descende entre nubes Idea,  
 Nos anima, y nos dice sonriendo :

—“ No humilléis las cervices, poetas !  
 Levantad vuestras frentes, bohemios !  
 Y que sean espadas las frases,  
 Y que sean centellas los versos ! ”

¿ No la veis ? Lleva un manto escarlata  
 Y una túnica azul como el cielo,  
 Y circunda sus sienes de mármol  
 Fulgurante corona de fuego.  
 ¿ No la veis ? Es la Virgen Idea,  
 Es la Virgen que adoran los genios,  
 La que baja entre vívidas nubes  
 Y nos dice al oído sonriendo :



—“No humilléis las cervices, poetas !  
Levantad vuestras frentes, bohemios !  
Y que sean espadas las frases,  
Y que sean centellas los versos !”

JULIO VIVES GUERRA.

## VIRGEN Y VIUDA

Lo llaman *Hoyorrico* por su abundancia en minas de oro y por estar situado en un valle profundo, circundado de colinas estériles y desmoronadizas á causa de las muchas excavaciones hechas por allí cerca en busca del codiciado metal.

El caserío se compone de unas 25 ó 30 casas pajizas, estrechas y húmedas en tiempo de grandes lluvias, diseminadas aquí y allá sin obedecer á ningún trazo de población, y únicamente de acuerdo con el capricho ó la comodidad de sus moradores, que son en su totalidad mineros pacíficos, quemados por el sol de nuestros trópicos, descalzos, nervudos, de pantalón y camisa hechos de telas burdas, sombrero de caña con anchas alas, ruana de hilo y enorme guarniel de cuero crudo.

Durante el día reina en el caserío un silencio de cementerio, y á no ser por el humo que en espirales azules se asoma por los techos de algunas cocinas y que denuncia la existencia de la amante esposa que prepara la comida para aguardar á su marido, se creería que aquello era una comarca hace ya muchos años abandonada.

Por la tarde, ya es distinto: empiezan á llegar las gentes de las minas, y el caserío toma animación, se convierte en una feria verdaderamente deliciosa y pintoresca.

Allá, en el extremo norte, en una explanadita suave y alestargada, está la casa del maestro Jenaro, el Director de las Empresas y el que les cambia el oro que han podido reunir en el día y los surte de víveres durante la semana; es la única tienda que hay en el lugar.

Allá se reúnen los mineros todas las noches, y al calor de la lumbre de la cocina, sentados en trozos de madera que el tiempo y la costumbre han habilitado de asientos, fuman alegremente y charlan y comentan los acontecimientos del día—bien pocos por cierto—hablan del estado de los trabajos, de hilos perdidos y encontrados, de cintas halagadoras, del cateo de *La Esperanza*, de socavones que se llueven, del arrastre que es preciso parar al día siguiente, de apiques que hay que clavar, de agujas que es necesario seguir, y en fin, á las nueve ó diez, después de haber acariciado esperanzas como de oro, se dispersan para sus casas á recuperar con la modesta cena y el sueño duro y envidiable, las fuerzas perdidas, para continuar al día



siguiente con su labor de titanes persiguiendo los soñados tesoros.

Aquella noche se habló mucho del casamiento de Francisca, la hija de Pedro el molinero, una guapísima criatura de 18 años, de carnes frescas y abundantes, de mejillas como las rosas encendidas, y el tipo perfecto de la honradez y la inocencia, con Luis, el más gallardo mozo de *Hoyorrico*, el más trabajador y “el que más grande traía el trapo”, como decían sus compañeros refiriéndose al oro que diariamente cambiaba. Su amor y su consagración al trabajo rayaban en lo increíble como más adelante se verá.

No es de extrañarse, pues, que aquella noche casi no se hablara de otra cosa que del matrimonio que debía verificarse á la semana siguiente, ni que hubiera más de diez que reventaran aguardando el día de las bodas para echar una cana al aire, según era de estilo en semejantes ocasiones, sabido como queda, que era aquella la pareja más simpática del lugar y con más razón estimada.

Trascurrió la semana. Se casaron un lunes. Hubo fiesta por la mañana; la alegría fue reina!

Pero como eran grandes esclavos del trabajo, los invitados resolvieron que á las once todos marcharían á sus oficios, y que por la tarde, cuando regresaran, sonando en los bolsillos las monedas que el maestro Jenaro les diera, continuarían la fiesta. El gran baile sería por la noche; todos se fueron.

Luis no quiso ser menos. Era demasiado orgulloso para consentir en quedarse ocioso mientras los demás trabajaban, y aunque su situación era especialísima, más que todo pudo su grande amor á su fama de buen trabajador—jamás desmentida—y su casi increíble aversión á la ociosidad. Era una pasión. Se iría también, trabajaría como los demás, y por la noche regresaría á ver salir su luna de miel.

Abrazó fuertemente á su mujercita, le dió un beso en la mejilla, le dijo “hasta luégo” y se marchó con sus compañeros.

Francisca, sin duda, no halló muy de su agrado este procedimiento; pero nada podía decir. Se quedó, pues, haciendo los preparativos para la fiesta. De cuando en cuando en medio de sus ocupaciones, se coloreaban sus mejillas más de lo ordinario, aureolas de felicidad subían á su cara y la obligaban á cubrirse el rostro con las manos por temor de que alguien la viera. Sabe Dios—y nosotros también sabemos—en qué pensaba. Claro: en asuntos de lunas y de mieles.... Cada momento se salía al patiecito de la casa para preguntarle al Sol si ya se acercaría la hora de ver á su marido.

Se fué haciendo la tarde. Todo estaba preparado para el baile. Serían las seis y ya los objetos y las personas apenas se distinguían escasamente alumbrados por esa indecisa claridad de los últimos rayos del sol, de un rojo muy subido, y que les comunica un tinte extraño de infinita melancolía.



siguiente con su labor de titanes persiguiendo los soñados tesoros.

Aquella noche se habló mucho del casamiento de Francisca, la hija de Pedro el molinero, una guapísima criatura de 18 años, de carnes frescas y abundantes, de mejillas como las rosas encendidas, y el tipo perfecto de la honradez y la inocencia, con Luis, el más gallardo mozo de *Hoyorrico*, el más trabajador y “el que más grande traía el trapo”, como decían sus compañeros refiriéndose al oro que diariamente cambiaba. Su amor y su consagración al trabajo rayaban en lo increíble como más adelante se verá.

No es de extrañarse, pues, que aquella noche casi no se hablara de otra cosa que del matrimonio que debía verificarse á la semana siguiente, ni que hubiera más de diez que reventaran aguardando el día de las bodas para echar una cana al aire, según era de estilo en semejantes ocasiones, sabido como queda, que era aquella la pareja más simpática del lugar y con más razón estimada.

Trascurrió la semana. Se casaron un lunes. Hubo fiesta por la mañana; la alegría fue reina!

Pero como eran grandes esclavos del trabajo, los invitados resolvieron que á las once todos marcharían á sus oficios, y que por la tarde, cuando regresaran, sonando en los bolsillos las monedas que el maestro Jenaro les diera, continuarían la fiesta. El gran baile sería por la noche; todos se fueron.

Luis no quiso ser menos. Era demasiado orgulloso para consentir en quedarse ocioso mientras los demás trabajaban, y aunque su situación era especialísima, más que todo pudo su grande amor á su fama de buen trabajador—jamás desmentida—y su casi increíble aversión á la ociosidad. Era una pasión. Se iría también, trabajaría como los demás, y por la noche regresaría á ver salir su luna de miel.

Abrazó fuertemente á su mujercita, le dió un beso en la mejilla, le dijo “hasta luégo” y se marchó con sus compañeros.

Francisca, sin duda, no halló muy de su agrado este procedimiento; pero nada podía decir. Se quedó, pues, haciendo los preparativos para la fiesta. De cuando en cuando en medio de sus ocupaciones, se coloreaban sus mejillas más de lo ordinario, aureolas de felicidad subían á su cara y la obligaban á cubrirse el rostro con las manos por temor de que alguien la viera. Sabe Dios—y nosotros también sabemos—en qué pensaba. Claro: en asuntos de lunas y de mieles.... Cada momento se salía al patiecito de la casa para preguntarle al Sol si ya se acercaría la hora de ver á su marido.

Se fué haciendo la tarde. Todo estaba preparado para el baile. Serían las seis y ya los objetos y las personas apenas se distinguían escasamente alumbrados por esa indecisa claridad de los últimos rayos del sol, de un rojo muy subido, y que les comunica un tinte extraño de infinita melancolía.



De pié en la puerta de su casita, con una mano en la cintura y otra en la frente, á manera de pantalla, se adivinaba la silueta simpática de Francisca tendiendo la vista á la colina azul.

Estaba impaciente, y cuando divisó no muy lejos, en un repecho del camino, un grupo de hombres que se aproximaba, sintió nuevamente sonrojos y alegrías y se entró corriendo á dar una última ojeada en la sala, como para cerciorarse de que nada faltaba. Después, cuando salió de nuevo al corredor, dió un grito y se dejó caer sobre el suelo desnudo: en una barba-coa de palos verdes y amarrado con lazos, completamente desfigurado, repugnante, traían el cadáver de Luis, su marido, el novio de su corazón. ¡Lo había matado una barranca!

La sala del baile fue la sala del velorio.

CARLOS ESPINELA.

Medellín—1895.

—❖—❖—❖—

### LA LINDA GHILDA

¿Por qué hace tantos días que á la linda Ghilda no se la ve hacer sus pascos matinales á lo largo de la ancha calle de eucaliptus que rodean la quinta? ¿Por qué será que su balconcito de vidrieras azules hace muchos días no se abre para dejarla ver allá adentro, sentada en su silla gris? ¿Por qué será que en las tardes de cielo zafirino ya no sale la linda Ghilda, acompañada de su perrita Armida, á tomar el café al kiosco *de las camelias*, llamado así por una enorme mata de esta planta que lo circunda hasta cuasi-ocultarlo con sus tallos y sus flores? ¿Por qué? Aguardad, lectores, yo lo contaré, digo si os sentís picados de interés y queréis saber lo que ha pasado á la linda Ghilda.

La linda Ghilda es un prólogo de mujer. Parece una de esas muñequitas de pelo rubio y ojos azules que se da á las niñas de regalo en fiestas de Navidad; pues siendo una miniatura, es mujer hecha y derecha y soñadora como ninguna. Ama sin saber á quién. Por eso se desvela aguardando algún caballero de barba rubia y puntiaguda, que trae plumas blancas en el sombrero, que ciñe espada con empuñadura de oro y que después de atravesar todos esos campos sombríos llega al pié de su ventana á entonarle trovas de amor. ¿Pero quién es el que ha de venir? ¿quién es ese amante desconocido que no llega? Ella no sabe quién es, pero lo ha visto en sueños y es muy hermoso y muy galante. Lo ha visto seguir á lo largo de la calle de eucaliptus y lo ha visto cerca, muy cerca de ella en la Iglesia ofrecerle el agua bendita. Viendo que no aparece el caballero, cierra las vidrieras de su bal-



concito, se desnuda y después de contemplarse largo rato en el espejo de gran luna con incrustaciones de nácar, se encuentra bella, muy bella y se tumba satisfecha en su lecho de ébano. Un momento después la linda Ghilda sueña. Tiene su carita sonriente medio oculta entre los almohadones. ¿Con qué soñará? ¿Con su amante de barba rubia y puntiaguda que viniendo desde muy lejos, atraviesa aquellos campos sombríos y llega á cantar al pié de su balcón? quizá nó: su fisonomía se va poniendo triste, y tanto, que de sus ojos entreabiertos ruedan dos lágrimas como dos perlas que humedecen sus mejillas. ¿Con quién soñará la linda Ghilda, que así la hace sufrir? Oh! sueña que es muy fea: piensa en su delirio que cómo puede haber en el mundo hombre tan necio que siquiera se digne mirarla.

Al día siguiente despierta con fiebre. Salta del lecho y corre al espejo: se encuentra horrible.

Compone sus cabellos en desorden y se ciñe á la cintura con ambas manos la camisa de dormir. Oh! se encuentra peor, detestable. Se resigna al fin á creer en la realidad de su sueño y se vuelve á la cama, afligida. Aquel día no saldrá, ni los siguientes tampoco. Cada momento vuelve á mirarse al espejo y cada vez se ve más horriblemente monstruosa. Se han abultado sus mejillas y un círculo negro rodea su ojos marchitos.

Por eso no sale yá la linda Ghilda á lo largo de la ancha calle de eucaliptus á hacer sus paseos matinales acompañada de su perrita Armida, ni por las tardes de cielo zafirino va al kiosko de *las camelias* á tomar el café. ¿No pudiera suceder que su amante, el caballero de barba rubia y puntiaguda, estuviera por allí en acecho y la viera....?

P. LONDOÑO.

Medellín, 1895.



## PUDOR DE IDEA

En mi cerebro, calabozo oscuro  
Circundado de viejos paredones,  
Donde brotan fantásticas visiones  
Entre las grietas del escueto muro;

Apoyada en las ruinas del futuro  
Y en el polvo de muertas ilusiones,  
Con su manto escarlata hecho jirones  
Duerme la Idea sobre el suelo duro.

Yo quiero libertarla: es reina y diosa  
Y con el regio harapo que la escuda  
Podría mostrarse al mundo victoriosa.



Pero teme la luz, vacila, duda,  
Se resiste á mis ruegos pudorosa  
Y no quiere salir: ; está desnuda!

Medellín—1895.

CARLOS ESPINELA.



## PARRAFOS LITERARIOS

### II

#### Los que mueren.

Para hablar de las ingratitudes y profanaciones que se cometen con los artistas que van cayendo á la tumba, concretaremos nuestras observaciones á dos grandes escritores colombianos muertos recientemente: Juan de Dios Restrepo y Jorge Isaacs.

En Antioquia sólo *La Correspondencia* lanzó sentida queja á la muerte de Juan de Dios Restrepo; pero no se produjeron más flores con las cuales se formara la corona que era de justicia colocar sobre la tumba del autor antioqueño. Quizá todo eso haya dependido de que Restrepo (por desgracia para las letras colombianas) hacía muchos años que había renunciado á ser el Emiro Kastos que, al azar del periódico, criticaba con buen éxito nuestras malas costumbres. De todas maneras ello resulta extraño: ¿cómo se puede echar en olvido al autor, cuando en todas las casas tenemos un ejemplar de los “Artículos Escogidos”? Y mucho significa que aun hoy se lean con entusiasmo esas críticas jugosas.

Emiro Kastos respetó siempre el arte, y aunque su estilo fue la sátira de costumbres—muy de moda en su tiempo—nunca descendió á la torpeza, ni á la vulgaridad. Escribió con entusiasmo cuando era joven, y si luégo abandonó las letras, lo hizo porque no tenía dinero, y siendo pobre temió correr la suerte de algunos de nuestros más célebres ingenios. Los que impulsados por una tendencia irresistible se entregan por completo á las musas que los asedian, empiezan por sentir todos los fríos de la necesidad y acaban por morir hambreados y comidos por los vicios, en los cuales han buscado olvidar sus miserias, ó creído encontrar los paraísos que su sensibilidad artística les ha hecho entrever y la justicia social les niega. Y después se les olvida!

Nos parece que Emiro Kastos anduvo acertado cuando abandonó por completo las letras, y para satisfacer sus ambiciones de hombre—especialmente de antioqueño—dedicó el resto de su vida á conseguir riquezas. Pero en lo que estuvo principalmente la nota acertada de su conducta, fue en no asumir el carácter de aficionado, en no “entretener sus ratos de ocio” dando á la prensa obras mal elaboradas. El arte debe ser respetado hasta el sacrificio: ó se le dedica toda la vida y las fuerzas todas, ó se renuncia á él; Emiro Kastos no podía hacer lo primero, y acertó haciendo lo último.



Los que han desacertado son sus compatriotas que no se pusieron á la altura del escritor ni aun después de muerto. Sólo por indolencia se negaron los honores póstumos á Emiro Kastos, pero esa indolencia tiene proporciones de ingratitud.

Con más pompa de lágrimas—por otra parte con justicia—se lloró entre nosotros la muerte de Jorge Isaacs. Es cierto que Antioquia no podía ser insensible al duelo universal. Cuando toda la prensa de Hispano-América se cubría de luto por el autor de *María*, mucho aguardaba la equidad, de los habitantes de “la Tierra de Córdoba”, los escogidos del poeta.

*La Miscelánea* cumplió su misión de revista literaria dedicando un número al poeta muerto; pero su llanto fué postizo, de lágrimas ajenas, con sólo dos excepciones.

Y para no olvidar nada de lo que se ha hecho, agregamos que en un folleto publicado por D. Luciano Rivera y Garrido con motivo de la muerte de Isaacs, hay algunos párrafos, más ó menos sentidos, de autores antioqueños. Sea esta la ocasión de transcribir nuestras impresiones sobre el folleto *En la tumba de Jorge Isaacs*, pues tales impresiones no son simplemente nuestras sino, en parte, eco público.

La primera impresión que todos experimentámos al leer el folleto fué de extrañeza por la falta de muchas de las firmas ya consagradas en nuestra literatura patria y la presencia de algunos nombres todavía oscuros para figurar en tan alta empresa. Y todos piensan: ¡cómo debía ser exquisito el conjunto de arte que se colocara sobre la tumba de Isaacs, el eterno perseguidor de la belleza! Su trabajo no fué sólo de creación: él trabajaba despacio y ensayaba la forma para no dar una nota falsa que echara á perder el conjunto.

Nos causa desagrado, por su vulgaridad, aquello de pasearse Isaacs por los claustros del cielo, del brazo con Chateaubriand y Saint-Pierre. (Véase página 13 del folleto). Esa inmortalidad corpórea no podemos nosotros imaginarla para el autor caucano, sino acá, en el mundo. Siempre nos parece verlo en el campo, feliz, en esa perezosa voluptuosidad de los artistas por temperamento, mirando con los ojos entornados, los risueños paisajes límpidos é inmensos que á cada paso surgen de su libro, como pinturas frescas. Y ahí está—á nuestro entender—la gloria de su novela, en que se pierde el diálogo, la frase, la palabra y queda el sentimiento amoroso, los paisajes y los tranquilos ó turbulentos estados de alma. Los giros de la frase no se perciben, no hay escollos, el lector vive enamorado y corre presuroso hacia el objeto de sus aspiraciones, sin tropezar con la forma.

A Jorge Isaacs lo preocupó la belleza hasta en el lecho de muerte. Sus últimas frases fueron bellas y están á la altura de sus obras. Cuando un hombre goza así con lo bello, al lamentar su muerte y venerar su memoria, se le deben hacer honores que harían estremecer agradablemente—si estuviera vivo—todas las fibras sonoras de su organismo, como las de arpa herida por los dedos de alguna Safo moderna.



Y ved lo que se lleva á su tumba (copiamos una estrofa, página 48):

Se fué el cantor de la inmortal *María*,  
Según afirma *El Telegrama* de hoy;  
Murió como creyente convencido,  
Se despidió diciéndonos: "Me voy".

Es de advertirse que hay en el folleto párrafos muy buenos y buenas estrofas, pero la falta de delicadeza los ha colocado allí sin distinción.

En fin, todos lamentamos que ese folleto que se ha colocado sobre la tumba de Jorge Isaacs, como las *inmortales* de un pueblo agradecido, no esté siquiera á la altura de las *Coronas fúnebres* que se dedican á los hombres de la política. Por fortuna, Jorge Isaacs, no necesita—como la mayoría por quien escribimos—de colecciones de párrafos, *María* es un epitafio, largo, como los siglos.

Si se honrara la memoria de los muertos ilustres como ellos lo merecen, eso sería un estímulo para los que van con algunas ilusiones, camino de la tumba.

Todos tienen sus ambiciones: los que van á morir aspiran á ser inmortales, á vivir eternamente en la memoria de los vivos; y cuando su aspiración es justa, tiene mucho de lo sagrado. Hay que cumplir la última voluntad de los que mueren hidrópicos de gloria merecida. Es un deseo que se les colma á poco precio y cuyo cumplimiento causa placer, el del orgullo patrio. La muchacha montañesa se recrea cuando algún infeliz la dice bonita, los grandes hombres gozan con el incienso que les queman los periódicos ó con la recepción en una Academia. Son las aspiraciones á la gloria en las diversas esferas. Los unos se llaman pequeños, los otros grandes, pero todos son humanos. Los que mueren grandes deben ser inmortales: quienes asistan á su entierro les deben un discurso, ardiente como las lágrimas; sus conterráneos, una corona; la posteridad.... quién sabe!

ANTONIO JOSÉ MONTOYA.

### III

#### JORGE ISAACS

Es sublime esta expresión postrera vertida por los labios del sentido Jorge Isaacs en su lecho de muerte. Al preguntarle con dulzura el sacerdote:—Crees en Jesucristo?—“Soy de su raza, contestó el moribundo, creo en Él, en sus evangelios y espero en su misericordia”.

Se mira en este sucinto preámbulo de la muerte la tranquilidad del genio que se resigna sereno á ver cómo se extingue la llama de la hoguera que ardió por tanto tiempo en su cerebro. Se siente en estas palabras la resignación que llenó ese gran corazón al ver que ya empezaba el desequilibrio de sus moléculas, una vez terminada la lucha por la existencia.

Los últimos años de su vida los pasó el poeta, ya respirando las brisas saludables de los bosques, en intimidades con las



musas; ya sorprendiendo en su laboratorio los secretos de la naturaleza; helando en las cimas inmaculadas del Tolima sus estrofas gigantes ó dando á vela suelta el barco de su fatansía sobre las cristalinas aguas del Combeima.

El aire tibio de las sabanas del Cauca sopló sobre la frente calenturienta de este grande hombre, y el perfume de los azahares del huerto amigo refrescó los ensueños de su niñez.

La muerte al arrebatarse de nuestros brazos á Isaacs, ha cometido una acción noble y redentora. Viven pesadamente y arrastran como enorme fardo la existencia, los que se ven agobiados por las grandes ideas y los pensamientos irrealizables; y es muy justo que dejen estos fangales, esta escoria, para buscar acogida en los recintos tranquilos que la suerte les tenga deparados.

Jorge Isaacs, el judío del Cauca, que pasó su vida enamorado de la pálida virgen de la misma raza de la que crió á Jesús, ha querido que con su suerte cesen las injusticias á que el infortunio y las enfermedades lo habían reducido.

“Vivió para su Patria un solo instante,  
Vivió para su gloria demasiado.”

Hoy se esfuerzan los literatos, admiradores de Isaacs, y todos lo son, por que se erija al modesto poeta, prosador y hombre público, un monumento para perpetuar sus glorias. “Hemos descendido lo bastante, para que los acentos viriles tengan una flébil onda sonora.” La mejor estatua que pueda inmortalizar la memoria de Isaacs, reside por ahora, en el corazón de todos los colombianos.

La musa de Isaacs no robó sus notas á las encumbradas regiones del neoformismo, sino que hizo surgir á MARÍA de las selvas enmarañadas del valle natal, dándole matices de flor silvestre y aureola de reina coronada.

Quemó su savia ardiente en las costas arenosas de nuestra patria y ya fatigado regresó á Ibagué, á donde lo reclamaban sus amigos y su muerte.

Para sellar los arrebatos de nuestro afecto hacia el poeta muerto, bástenos citar este párrafo de carta que debe conservar agradecido todo antioqueño: “Yo de Antioquia *el poeta grande y querido*? Yo! ; Y no tener siquiera ocho ó diez años de vida, de vigor, de tarea futura, para ganarle al Titán glorioso algunas hojas más del laurel tentador que U. me muestra! Es casi una crueldad presentarlo á mis ojos, como una constelación refulgente en lo azul, tan alto sobre las cimas en cuyos flancos dejé sangre de mis plantas.”

JESÚS FERRER.